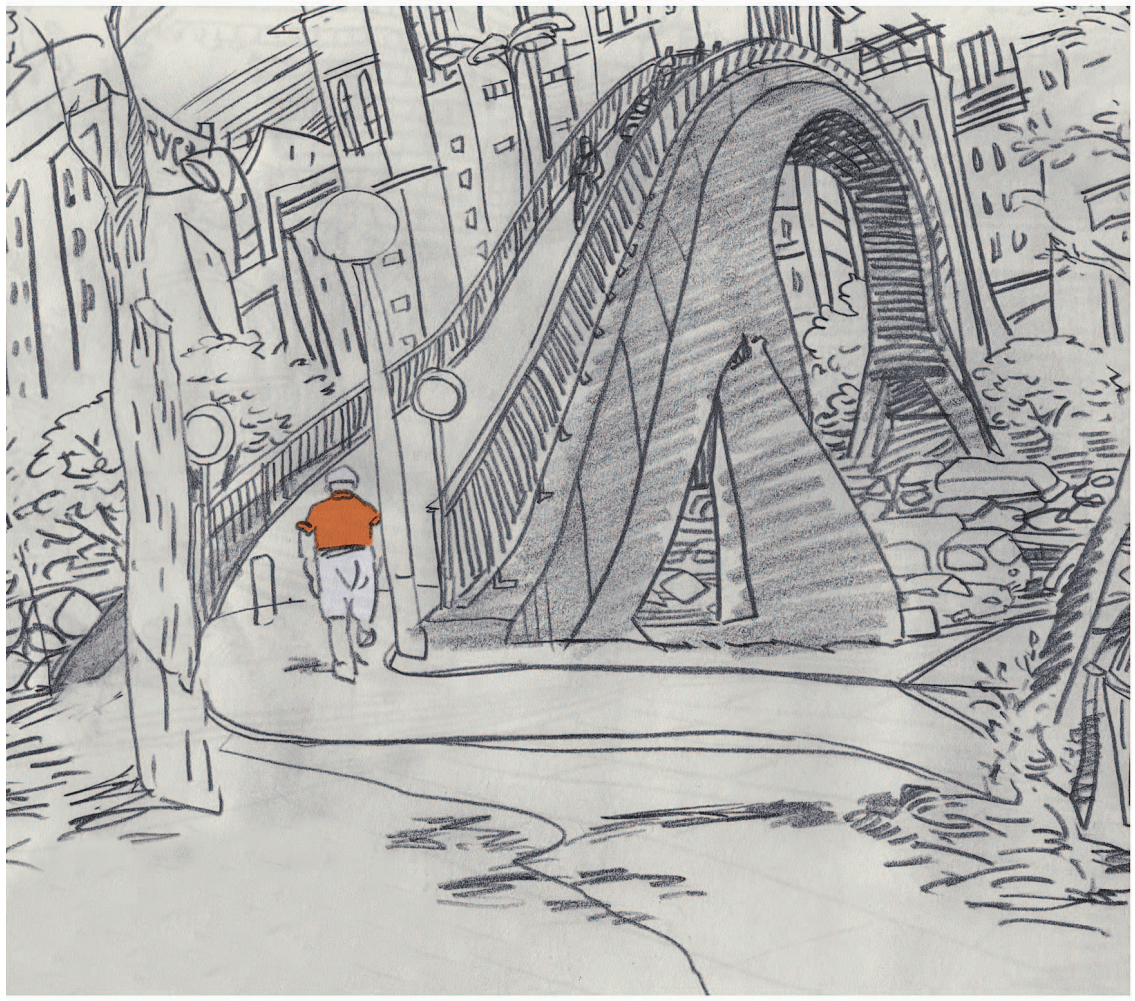
JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

PASEAR

Hay ciudades que invitan a pasear. Barcelona y París, por ejemplo. Otras, en cambio, disuaden de hacerlo. Mi Toledo natal, por sus cuestas, y Madrid por sus estrechas aceras y su ruidosa circulación. Pasear por una ciudad es todo un arte. No ha de hacerse con precipitación, pero tampoco con excesiva lentitud. Cada calle tiene su ritmo propio. El paseante debe ser un curioso, un captador de impresiones. Los pintores impresionistas eran *flâneurs*, deambulaban por las calles buscando cuadros posibles: un baile en la Galette, los coches pasando por Campos Elíseos, unos niños jugando con un aro, una mujer solitaria contemplando una copa de absenta. Son primores de lo cotidiano. Hace poco, Álvaro Pombo me decía que le gusta sentarse frente a la puerta de unos grandes almacenes para ver a la gente entrar y salir. Le parece un resumen de la comedia humana. A mí me encanta mirar los tejados, porque revelan una arquitectura turulata, llena de templetes, gárgolas, chimeneas escaroladas, cúpulas, minaretes inútiles y barrocas cornisas. Parece que los arquitectos hubieran guardado la compostura al diseñar las fachadas, pero se hubieran soltado la melena al llegar a las alturas. También me gusta mirar las plantas que brotan en las grietas de los muros, o de las aceras, porque son un conmovedor milagro de vitalidad. Mínimos espectáculos junto a los cuales pasamos distraídos. Este es un asunto que me obsesiona: no ver lo que podría –o tal vez debería– haber visto. "No me di cuenta", me parece una frase trágica. Hay una mirada miope, que no ve nada; hay también una mirada despectiva, que desprecia lo que ve, y hay una mirada abstracta, que reduce la variedad inagotable de lo real a un esquema vacío. La gente, la calle, el tráfico, las tiendas, lo de siempre.



Raúl

Los pintores son los pedagogos de la mirada. Mirar un cuadro tiene una parte contemplativa y otra activa. La contemplativa se agota en el disfrute de la pintura. La activa empieza a partir de ese momento, cuando al salir del museo intento ver las cosas con los ojos del pintor, o verlas con mis propios ojos, pero de manera diferente. La realidad muestra entonces una cierta docilidad. El espectáculo es el espacio mágico donde se une lo que nos llega del exterior y lo que descubre nuestra mirada. Una mirada inerte y una mirada creadora. Por muchos caminos llego siempre a la misma conclusión: existe un modo pasivo y un poco activo de vivir, de pensar, de querer, de trabajar, de pasear. Mis alumnos suelen escandalizarse cuando les digo que no están aburridos porque la realidad sea aburrida, sino que, como están aburridos, la realidad también lo está.

EXISTE UN MODO PASIVO Y EXISTE UN MODO ACTIVO DE VIVIR, DE PENSAR, DE QUERER, DE TRABAJAR, DE PASEAR

Vivir es producir significados. Y esos significados pueden ser rutinarios, opacos, cansinos, o pueden tener un *estilo* distinto. Acaba de aparecer una palabra seductora y enigmática. ¿Qué es el estilo? En un suplemento que lleva en su portada esta palabra, resulta inexcusable no dedicarle la atención que merece. ¿Qué significado da usted a ese vocablo? Al final va a resultar que, como ocurre con el paseo o con la vida, también podemos usar el lenguaje de una manera creadora o de una manera inerte y, en este caso, pasar sin darnos cuenta al lado de misterios y maravillas. La próxima semana les hablaré del estilo. ■